

Sumo Sacerdote Fabricante de Nostalgias. Penitente Anarquista de una Ciudad Herida. Sentenciado por usar el lenguaje de los Colores

La puerta de San Genaro ha sido por tres siglos un centinela ejemplar de la vida doméstica de la urbe intramuros, que en este libro se convierte en la ciudad que José Cestero (sumo sacerdote de la Plaza Mayor, argonauta supremo del reloj solar y Almirante venerable del Templo de los Cristales), ha interpretado en múltiples ocasiones desde su garita invisible, observatorio y archivo donde elabora ilusiones y fabrica nostalgias.

Desde allí coordina un relato que contiene dos lecturas: la suya y la que los otros ven.

Un día lo invitamos a desbordar el ámbito al que ha querido aferrarse, como el teólogo con sus atributos y perfecciones, o el filósofo egoísta con sus ideas. Se adentró en la naturaleza viva con temor, reciclando los elementos esenciales de un vocabulario elemental; aproximación a un código de líneas maestras y planos transparentes de colores simples, con los que define siluetas de calles y plazas de una ciudad que proclama muchos siglos de historia.



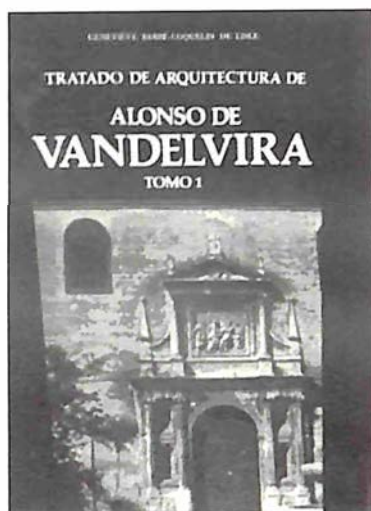
José Cestero.



El prologuista de una edición facsímil del *Tratado de Arquitectura de Alonso de Vandelvira*, nos recordó que el estudio de la ciudad es un tema difícil de abordar para un hombre solo, debido a la «masa de saberes» que es necesario acumular. Ortega y Gasset había señalado que la ciudad por excelencia es la ciudad clásica, donde el elemento fundamental es la plaza: la urbe es, ante todo, ágora, lugar para la conversación, disputa, elocuencia, política. En rigor, la ciudad clásica no debía tener casas, sino fachadas que son necesarias para cerrar las plazas.

Este ha sido el universo, el escenario del pintor José Cestero, trotamundos impertérrito de la urbe aglomerada, caminante solitario de un centro histórico herido; monje deambulando en la rutina cuadrículada de un claustro; penitente de cráneo tonsurado que ve pasar el tiempo cubierto con la versátil cogulla monacal; pintando hospitales, conventos y oratorios.

El cofrade inicia su recorrido desde el costado de la sólida mole de San Genaro y remonta un trayecto centenario por la calzada recta de la calle mayor, después de atravesar el Navarrijo, entre voces de congéneres y fantasmas que habitan las esquinas del largo paseo de los recuerdos que solo permanecen en la memoria de las



Tratado de arquitectura de Vandelvira, 2 vol., Albacete, 1977.



El Maestro de los colores.

generaciones olvidadas; se produce en él una visión grandiosa, éxtasis ante tanto sentido de la historia.

Si hubiera que describir su naturaleza, podría decirse que es hombre de fe, soberbio, optimista, corpulento, y constante. Relata continuamente su forma de hacer arte que conceptualiza en descripciones elocuentes mientras sonrío.

Poco a poco ha ido formando una colección de imágenes transformadas, donde se percibe la poderosa embestida de los ríos de la ciudad del Ozama.

Creador de una metáfora plástica sutil a las tonalidades de la luz, resulta oportuno citar temas dedicados a la contemplación de la pintura y no la metafísica de la creación que depende de la superficie y el color provocando una vitalidad extraña, autónoma. Todo estudiante de arte sabe, como el aficionado, que al frecuentar los colores se percibe en el amarillo limón y en el anaranjado cromo cierta provocación que contrasta con la calma de los grises, y el atardecer de los lilas.

No recuerdo quién escribió (pues no fui yo) sobre «la alegría distinguida en el verde veronés, (cuyas flores son azules) en cambio en los ocre y los sienas, sordos y hundidos... Se percibe un resplandor exótico en los laca, y se nota cierta trivialidad doméstica



Eugenio Pérez Montas, José Cestero y Eleuterio Martínez observando los humedales del Ozama. Óleo de José Cestero, 1979.



Tarde en Nápoles, óleo de Paul Cézanne de 1876-1877. Este pintor utilizaba frecuentemente los verdes azulados, como el verde Veronés. Fuente: *Wikimedia*.

en el azul añil. El amarillo es lujosa voluptuosidad en Matisse, vibración mental en Van Gogh, magia en Gauguin, meditada soledad en Braque. Plenitud de cuerpos rebosantes brota de los rojos de Renoir; tiempo y aire, en Bonnard; cumplida decoración de Dufy; vitrales soleados en Rouault. El verde, en Monet, es dulce evaporación de la naturaleza; y en Cézanne segura composición de la voluntad; mientras que en Modigliani, se convierte en inconsolable tristeza judía».

El autor de la cita anterior advierte que: ¡al secreto de un pintor se llega pacientemente!

Decía Picasso que lo importante, lo que cuenta, no es lo que el artista hace, sino lo que él es. Lo que interesa en Cézanne es su inquietud.... En Van Gogh, sus tormentos, el drama del hombre. El resto es falso.

En este inventario se destacan los colores y su lenguaje siempre sujeto a interpretaciones variables, sujeto al carácter de quien los usa o al estado de ánimo de quien los percibe. Cuando provienen de una obra de arte o del espléndido y permanente discurso de la naturaleza, el tiempo interviene convertido en las horas del día, ese recurso contradictorio manejado por los impresionistas en plan experimental.

En cambio, en el libro de las piedras que alcanza en el arte románico



Custodia de metal fundido y plata dorada. Diseño complejo y decoración ecléctica y rica. Remante en cruz latina con pedrería. Altura 29" - 73.7 cm Autor: Placide Pousielque-Rosand. París: antes del 1889 o CIRCA 1850. Colección privada.



Viril con cerco de piedras verdes y rojas sobre nube rodeándolo con ángeles, estrellas y querubines con cristales

cumbres musicales, la física se fusiona con la ingeniería de los astros y el fuego, creando el universo de las gemas, los cristales, otro idioma, otra etnia cercana a la rutina de los orfebres y a la liturgia de las horas.

El sol, fuente de luz y de color, generador de las penumbras del ocaso, de los grises y el negro de la noche, se transforma en el alba blanca de la aurora, amarillo anaranjado y áureo.

Por eso el rubí puede ser un arcángel, calma y paciencia, aunque para otros significa sangre y calvario, el color de la pasión. El amatista de un patriarca refleja humildad, dulzura y discreción. La esmeralda es propia de los ángeles cuando rodean el viril de una custodia eucarística, como la deslumbrante obra de arte fundida por Placide Poussielgue-Rusand, afamado orfebre parisino antes de 1889, algunas de cuyas obras aparecen en la brillante obra *La Platería de la Catedral de Santo Domingo, primada de América*.

El verde es también el color de la paz y la esperanza. Simboliza ese el tiempo ordinario, esas treinta y cuatro semanas del calendario litúrgico, signo de vida de renovación y crecimiento espiritual.

Los cristales y los colores son anárquicos. Son infinitos en variedad y forma, y como los seres humanos, receptores y transmisores de energía



El cuerpo central se convierte en un templete abovedado sobre columnas abalaustradas que descansan en cuatro ménsulas adornadas con cabezas de querubines aladas. En el nicho un ángel orante.



Este cuerpo se une al pie circular con un vástago corto. Cuatro ángeles sedentes (falta uno) conforman la base en plan monumental neoclásico. En la base: el cordero del sacrificio sobre la cruz fortalece el discurso eucarístico.

como «el ágata fuego» que proporciona fuerza y despierta el espíritu de lucha.

En el Éxodo se ordena al Sumo Sacerdote que su ropaje lleve un pectoral cuadrado, con cuatro hileras con tres piedras preciosas cada una y en primer orden, una piedra sárdica, un topacio y un carbunco; en segundo orden una esmeralda, un zafiro y un diamante; en tercer orden: un rubí, un ágata y una amatista; en cuarto orden un berilo, un onix y un jaspe.



Reloj del Sol, Puerto de Santo Domingo y Capilla de los Remedios. Autor: José Cestero.



José cestero, Revista Ahora!, Núm. 120, 14 de febrero de 1966.